

El guante negro

Hernán Lara Zavala

En este relato, pleno de guiños literarios —verdadero ejemplo de ficción al cuadrado— Hernán Lara Zavala nos otorga el momento en que un joven escritor irlandés lanza su golpe de dados amoroso por una mucama, y pacta con ella un amor que durará toda la vida. No creemos disparatado postular que acaso se trate de Nora Barnacle y James Joyce.

Herr Satan se siente inmerso entre fuego, tinieblas, cenizas, hedores sulfurosos y un insoportable anhelo de mujer. Tiene la cabeza cilíndrica, los bigotillos negros curvados hacia arriba, una mosca en el centro del prominente mentón, el cabello lacio peinado hacia atrás, los ojos azul hielo con la mirada ascética y fanática del profeta y del revolucionario tras los espejuelos, simultáneamente maligna y aristocrática. *Herr Satan* espera deseoso frente a la casa de infancia de Oscar Wilde. Tuvo el cuidado de llegar un poco antes. No quería hacerla esperar, además de que el reloj de la cocina de su casa siempre corría un poco adelantado. Para asistir a la cita se eligió otra indumentaria: ahora se puso las gafas para identificarla de lejos sin problema. Cambió el kepi de marinero por un sombre rode carrete y se enfundó en el famoso *Brown Mackintosh* que le llega a los tobillos. Pero se dejó los zapatos tenis, sucios y agujerados, de marinero. Trata de recordar su rostro. Mmmm... Tienes excelente memoria para las palabras, la música y los libros pero tu vista te impide grabarte bien las caras: a ver... el cabello rojizo, una expresión agradable, más bien alta, plantada, el timbre de su voz un poco bajo y por supuesto su nombre: Nora, Nora, Nora... Quién sabe si vendrá en tranvía o a pie, así que tendré que buscarla entre la muchedumbre por el color de su cabello.

¿Será ésa que viene ahí? Su corazón late de contento, tanto que hasta oye campanillas, mas cuando se acerca se da cuenta de que no es ella sino alguien que se le asemeja. La escena se repite una, dos, tres y cada vez de manera más angustiante. Los minutos transcurren. Ella no llega. ¿Le habrá pasado algo? ¿Me habré confundido? Camina alrededor de la plaza. No seas necio, de seguro ya no quiere volverte a ver. ¿Y si se confundió? ¿Y si te está esperando en otro lado? Todavía no conoce bien la ciudad. Pero, ¿dónde? Sepa Dios. Caminas sin perder de vista el punto acordado: cabelleras rojas van, cabelleras rojas vienen, pero Nora no. ¿Se habrá arrepentido? ¿Me habrá tomado el pelo? Hora y media después *Herr Satan*, adolorido y apesadumbrado, se resigna: te dejaron plantado, poeta. No descartas alguna confusión: un percance, un imprevisto, un accidente, hasta el mismo olvido. ¿O será simplemente que no le importaste y su encuentro no significó nada a pesar de que a ti te había entusiasmado tanto? ¿Por qué no caminar hasta el Hotel Finn para averiguar? Para qué. Qué tal si ya no desea volver a verte. Triste y desmoralizado vuelves a casa, a pie, pensando qué hacer para reencontrarla. Escríbele. Mándale una carta. Las palabras son tu fuerte. No le reclames ni mucho menos: simplemente explícale que la estuviste esperando.

Sales a la calle portando un bastón de fresno para darle ritmo a tu caminar y saludar a quienes encuentras a tu paso. Unos días antes, aquel lunes 14 de junio de 1904, *Herr Satan* despertó con hambre de hembra joven, de cuerpo turgente, de fruta fresca; habías sentido la necesidad imperiosa, irracional, incontenible de estar con una mujer. Existen momentos en la vida, sobre todo cuando eres muy joven, en los que se necesita a quien amar de manera compulsiva, frenética, carnal: anhelas una *Petite Mefisto*. Por eso decidiste disfrazarte de marinero como si estuvieras de vuelta en tu ciudad capital para recorrerla sin ataduras: sin esposa, ni pretendientes, sin hijos, ni reino, sin barco, ni tripulación. *I will drink life to the lees*. Se calzó unos zapatos de lona de dudosa blancura, camisa y pantalón claros, un blazer azul y se caló un kepi. Me quité las gafas porque, aunque veo muy mal, asumo que sin los lentes mi vista se refuerza. Salí a la calle para jugarse la soledad incurable que sentía: mi futuro entero por un acto temerario, aunque dure unos minutos en el más absurdo exceso. No, no tengo miedo de un error, aunque sea tan grave que me cueste la felicidad, aún más, la vida y me condene por toda la eternidad. La derrota no me aniquilará. No me arredraré ante nada ni ante nadie. Con arrogancia, astucia y silencio me enfrentaré a cuanta dificultad se me ponga enfrente. Estoy dispuesto a jugármela: no sólo a cometer un error grave sino hasta salir a buscarlo conscientemente, como a veces, sin saber por qué, uno sale en pos de la infelicidad como forma de conocimiento. ¡Qué le importaba la felicidad! ¡Apostaba por las circunvoluciones del arte y del riesgo!

¿Pero cómo se había iniciado todo? Aquel lunes de junio, antes de concertar su primera cita y de que lo dejaran plantado, y bien plantado, se lanzó a navegar por las calles de Dublín en busca de una *Petite Mefisto*. Me dirigí al centro, blandiendo mi bastón y mostrando una ramita de fresno en la mano derecha —símbolo del universo según la mitología nórdica— a cuanta mujer me topaba con la intención de que alguna me identificara con el adolorido *Herr Satan* que cargo en mis adentros y que clama por amar a la primera que esté dispuesta.

Trotas por calles y avenidas: entraste por Nassau y diste la vuelta por Kildare hasta Fairview; a menudo le ocurría que no podía deshacerse de una melodía que retumbaba obsesivamente en su mente mientras caminaba y que surgía con diáfana claridad en los recintos de su cabeza cuando menos se lo esperaba: las antiguas variaciones para clavicordio de Jan Pieters Sweelink: *La juventud se acaba*. ¿Será? Hazlitt afirma que todos los jóvenes nos sentimos inmortales. ¡AAAhhh! y el cardenal Newman: “De joven solía imaginar que la

vida podría ser simplemente un sueño que yo me atrevía a soñar o que tal vez yo no era más que un ángel mirando como si el mundo no fuera más que un mero espejismo...”. Llegas hasta North Beach dilapidando miradas y melancólicamente recordando a Guido Cavalcanti. *Chi é questa che vien, ch'ogni la mira*. Al circular por los talleres donde se pulen piedras de diamante sientes la brisa de rebeldía de las obras de Ibsen y sientes un desafío que te anima a seguir avanzando. Continúas tratando de hacer conversación con cuanta chica te cruzas: la rubia de ojos oscuros, la de cabello negro y ojos azules, tan frecuentes en Dublín, la trigüeña de los ojos glaucos. Ninguna te hace caso. Un tanto descorazonado vuelves hacia Nassau Street: tiendas, monumentos, tranvías, autos, letreros, cúpulas, teatros, hombres y mujeres. Sientes la mirada severa del almirante Lord Nelson que, desde lo alto de la columna dórica, te observa, te sigue y atestigua el devenir de la ciudad con sorna y displicencia. Ojalá algún día te vuelen la cabeza, auguras para tus adentros. Pero mientras *Herr Satan* camina su madre vuelve a aparecerse: *Madre agonizante, Vuelve. Padre*. Ahh, cuánto la quiso, cuánto la extraña. Aunque se hubiera negado a concederle su última voluntad cuando, al borde de la muerte, ella le pidió, qué digo, le suplicó, que se hiciera para prometerle que se confesaría y comulgaría para cumplir con sus deberes de semana santa. Pero él rechazó su



James y Nora Joyce, Londres, 1931



Nassau Street, Dublin

propuesta. A partir de entonces los ojos y el corazón de su madre lo persiguen, lo acosan y lo torturan día y noche. Ella se ha convertido en un espectro. Por eso él necesita otro tipo de mujer: alguien exclusiva, carnal, físicamente suya, alguien que le permitiera emerger de los infiernos. Yeats había afirmado que en el instante en que se enamoró de Maud Gonne se había iniciado el Calvario de su vida. ¿Ícaro o Lucifer? Eso quería: encontrar a alguien que lo sacudiera: oscura, diabólica, virginal y puta, como hechizada por el resplandor de una luna roja y ardiente. Él había sido un joven atribulado, inundado de religión y de culpa. Perdió la fe en el lecho de Nini Appleby, una de esas mujeres capaces de vender su amor pero incapaz de entregar su corazón. Desde niño, siempre obediente de los mandamientos y de las buenas consejas, había logrado la proeza de comulgar durante nueve primeros viernes de mes consecutivamente, sin fallar uno solo en honor a Cristo, intentando salvar por adelantado su alma a pesar de las ideas lúbricas y obscenas que lo acosaban y a las que cedía a la menor provocación, sobre todo durante las noches, cuando se sentía más que perdido en la inmensa soledad de su cama. Por eso decidió abandonar para siempre la Iglesia: porque iba en contra de su naturaleza de hombre, de artista, del ente diabólico que a veces lo poseía. ¿Deplorabas a Dios? ¡Claro que no! Nunca abjuraría de Él aunque ya no creyera ni en el Dios de los cristianos ni mucho menos en el de los católicos y menos aún el de

los protestantes o de cualquier otra religión que para el caso era lo mismo. Pero no, a Dios no podía negarlo. Para él significaba la existencia del alma y el alma era la manifestación del arte y el arte era una de las pruebas de la existencia de Dios. Pero su concepto de ese Dios era tan amplio que lo podía hallar en el lugar menos pensado. Epifanías. Y la verdad es que Dios se contenta con habitar en la imaginación de cada quien. Por eso algunos no alcanzan a concebirlo, a imaginarlo o simplemente se niegan a ello como un capricho. Uno lo puede hallar en la fe —que no era su caso— o a través de los tantos misterios que la vida nos plantea. En su esencia está su existir... ¿Le temía? Tampoco. Le guardaba respeto pero no le temía: era como la muerte, inevitable, a ese Dios había que cogerlo por los cuernos, porque también el Diablo, su opuesto, formaba parte de Él. El Dios que él imagina se parece a un demiurgo, como el Dios de Blake. Y fue en ese preciso instante, caminando ensimismado por Nassau Street, un tanto contrito y desanimado, cuando la vio: una joven airosa y sonriente de cabello rojizo, erguida y al parecer un poco ingenua. Quién sabe por qué pero se detuvo tan pronto la abordó.

¿De dónde eres?, pregunta ella. Pareces escandinavo.

La aseveración lo llena de orgullo. Ibsen, a quien evocó hace unos instantes, su autor favorito y sobre el que ha escrito varios ensayos, era noruego; lo admira, entre otras cosas, por su conocimiento de la psique femenina.

Soy de origen escandinavo, miente y aunque nací en Dublín, por mis venas corre sangre noruega.

Perdón pero tengo prisa. Debo estar en el Hotel Finn, cerca de St. Stephen's Green antes de las seis.

¿Ahí trabajas?

Soy recamarera aunque cuando se necesita también me ocupo del bar.

¿Cómo te llamas?

Nora...

¿Nora? ¡Nora!, ¡Como la de *Casa de muñecas*! ¿Podríamos vernos otro día? Cuando dispongas de un tiempo libre...

Tengo dos y a veces hasta tres tardes libres a la semana además de que, como me acabo de establecer en Dublín, no tengo mucho que hacer.

Su acento es un poco raro. ¿Mañana? ¿A las cuatro?

¿Dónde?

¿Merrion Square?, enfrente de donde vivía el padre de Oscar Wilde.

Lo siento pero no sé quién es, no lo conozco.

No importa, nos vemos en Merrion Square, frente a la casona más grande que veas por allí.

Hasta entonces.

Decepcionado porque ella no acudió a la cita la tarde del lunes llega a casa ya entrada la noche; sus hermanos están aún despiertos pero él se sienta en el escritorio y se pone a escribir la carta. La fecha, el 15 de junio de 1904. Escribe que tal vez esté medio ciego pero eso no le impidió buscarla como desesperado durante toda la tarde entre las mujeres de pelo rojizo que caminaban por Merrion Square. Se sintió muy desilusionado de que no apareciera, para qué negarlo. Pero ahora se tomaba el atrevimiento de solicitarle una nueva cita: en el mismo lugar, a la misma hora, al día siguiente, miércoles 16. Se muere de ganas de volver a verla. Espera que ella no se haya olvidado de él. Sale a depositar la carta. ¿Llegará a su destinataria? El correo de Dublín recoge la correspondencia cinco veces al día y tiene fama de ser muy formal.

El miércoles en la misma esquina donde la esperara el lunes anterior, con la misma antelación, la misma ansiedad, *Herr Satan* busca identificar la cabellera rojiza entre la muchedumbre que circula alrededor de Merrion Square, frente a casa de los Wilde. Tal vez lo vuelva a dejar plantado. Busca, mira, observa no sabe por cuánto tiempo y de súbito vuelve a escuchar las campanillas que anuncian su presencia, como la del santísimo durante la consagración. Se cerciora de que sea la de ella: la mira de cuer-

po entero: el pelo rojizo, los guantes negros, los zapatos cafés, el repicar de sus tacones. Los ojos azul hielo de *Herr Satan* refulgen y tras sus espejuelos un glaciar se derrumba y su rostro se relaja en una amplia sonrisa a la que ella corresponde plenamente. Paupérrimo como es, *Herr Satan* después de saludarla, no tiene más que ofrecerle que ir a dar un paseo por la ciudad, esa ciudad que tan bien conoce gracias a que la transita día y noche como única manera de matar el tiempo, de no aburrirse para después intentar recrearla en sus cuentos y denunciar la terrible parálisis que, según él, padece su amada y odiada Dublín. Sí, por qué negarlo: soy pobre y por consiguiente pertenezco a una de las dos razas, la más gloriosa que, según Charles Lamb, es la que invariablemente se pasa la vida pidiendo dinero prestado.

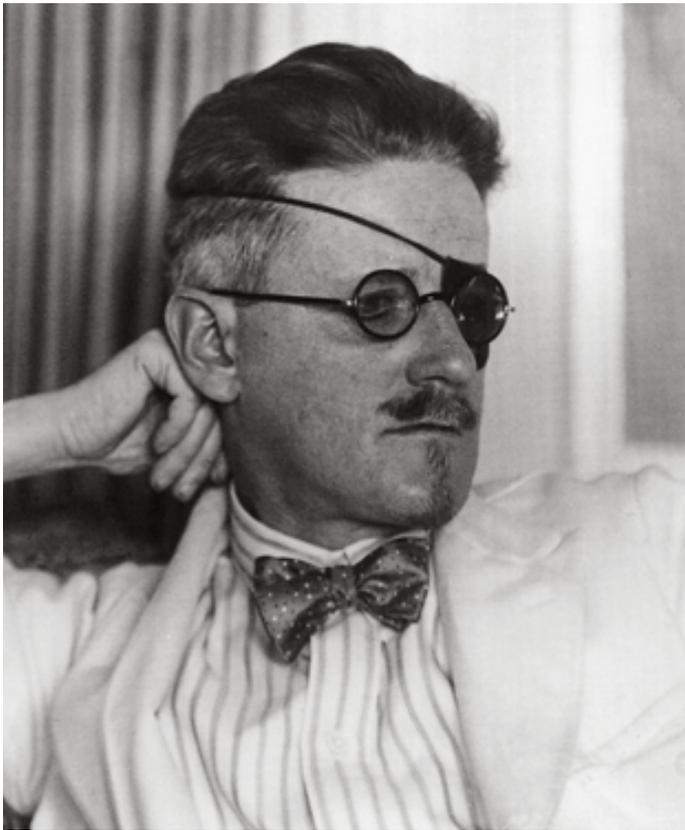
Se enfilan hacia el oriente por Mount Street Lower, caminan por la orilla del gran canal, pasean por las ruidosas calles con sus altos muros de piedra viendo operar a las grúas de los muelles y deleitándose con el comercio de Dublín. Él hace gala de su buen acento y de su amplia cultura; le confiesa que es escritor aunque desprecia a Irlanda y a Dublín así como su detestable mundillo literario. También le gusta cantar y la invita a escucharlo cuando ofrezca algún concierto que probablemente será pronto. Ella lo oye atenta.

¿Tenor o escritor?, pregunta ella.

Ambos, contesta él muy quitado de la pena. Nervioso cuenta el poco dinero que tiene en el bolsillo: le alcanza apenas para pagar la tarifa del ferry y cruzar el río. *Return*. Al desembarcar se dirigen lentamente hacia el Ringsend.

Me siento un poco cansada, dice ella y creo que no debemos alejarnos demasiado porque tengo que volver al hotel antes de las once.

Se encaminan lentamente hacia un pequeño claro para buscar un lugarcito solitario y discreto desde donde puedan admirar el paisaje y sentarse a conversar. Actúa natural, espontáneamente, no la vayas a asustar. Mientras caminan *Herr Satan* descubre que le gusta su voz: suave, delicada y cantarina. *My precious darling* piensa y la coge de la mano. Siente su guante en la palma. Oprime su mano. Ella le responde de la misma forma y le empieza a hablar sobre su familia en Galway. ¿Su apellido? Barnacle. ¿Como percibe? Así es. Ya verás que yo voy a ser el que se te va a pegar a ti como una lapa más que como un percebe, juguetea. El apellido tiene algo de cómico pero a *Herr Satan* no le importa. Ella le cuenta que es hija de un panadero y de una costurera. *Lower class*. Pero no creció con sus padres. Están separados. Vivió con su abuela materna y luego con unos tíos que se convirtieron en su verdadera familia. Tiene veinte años y dejó



James Joyce

de estudiar a los trece porque la familia no quería mantenerla. Hacía trabajitos aquí y allá, un poco de todo, desde lavar y planchar hasta ser ayudante de encuadernador. Hace unas semanas uno de sus tíos la golpeó por salir con un muchacho y en ese mismo instante ella decidió largarse a Dublín. No, no conocía a nadie pero afortunadamente logró encontrar trabajo en el hotel. Como buen romántico, *Herr Satan*, a sus veintidós años, se siente ya su protector y amo. Esta mujer será para mí. Qué importa que sea inculta o de clase trabajadora. Con ella se siente particularmente sensible a la naturaleza: al cielo, al mar, a la brisa, al atardecer, a la arena y a las olas y las mareas que tanto se parecen al vasto océano de su incesante y cambiante memoria.

Ya ha oscurecido cuando llegan hasta un promontorio de rocas, de las tantas piedras que constituyen la isla. Se sientan a conversar. Él toma la iniciativa, la coge de los hombros y acerca su cara a la de ella. Sonríen. A través de sus gafas mira detenidamente sus ojos castaños, curiosos y desafiantes. La besa en los labios. Ella acepta dócilmente el casto beso y, con sus manos enguantadas, lo toma a su vez de los hombros y lo jala hacia sí. Él sien-

te sus senos en el pecho. Él ha besado a otras mujeres antes con besos linguales pero han sido siempre mujeres de la vida alegre, pintadas, perfumadas, de risa fácil y estentórea, sin la más mínima sensibilidad. Parte de sus mañanas las dedica a visitar las bibliotecas para leer y algunas noches se dedica a vagar por *nighttown*, mirando a las mujeres que lo conminan a meterse en la cama con ellas. Estudioso durante el día, disoluto durante las noches. Sólo de vez en cuando se ha metido con ese tipo de mujeres a falta de dinero. Pe ro ahora acepta la lengua de *Petite Mefisto* con el mismo fervor y recogimiento con el que recibía la sagrada eucaristía cuando era creyente. Quiero ser el dueño de tu alma y de tu cuerpo, murmura él mientras siente una fuerte descarga de deseo en la entrepierna. *Herr Satan* es tímido y, sin embargo, la aprieta con fuerza e intenta tocarle los senos pero ella lo detiene y le advierte “fuera mano” y cuando él, un tanto contrito, deja sentir parte de su arrepentimiento, ella toma la iniciativa y el guante negro empieza a revolotear por su pantalón.

Tócame, ojos suaves, tócame, así, así, así...

Herr Satan siente el irresistible frenesí del deseo y siente cómo la impúdica mano de su *Petite Mefista* protegida por la piel del guante, se adentra en sus más íntimos y ardientes territorios.

Tócame, repite. Ab remi paraguas. Déjame sentirte, tócame ya, tócame ahora, ama mi paraguas, dice al tiempo que intenta quitarle el guante. Pero ella rehúsa.

No, así, para no tocarte directamente aunque ya verás que yo sabré hacerte sentir hombre, un verdade ro hombre, hombre, hombre, hombre...

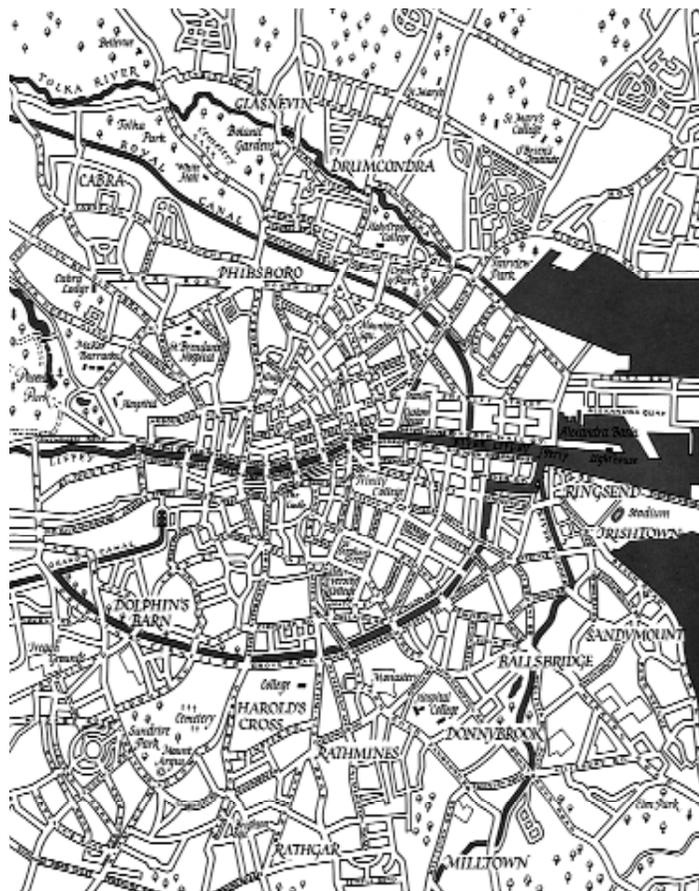
Ella debe volver al hotel a las once y media para cumplir con el tercer turno. Antes de las diez emprenden su camino de vuelta a la ciudad. En el trayecto él le habla sobre su madre: cuando observó su rostro en el féretro, un rostro gris y consumido por el cáncer, logró entender que ella había sido tan víctima como él mismo. ¿Víctima o victimario? Víctima. Pero toda víctima tiene un perseguidor. ¿Víctima de quién? De su propio padre, de sus continuas borracheras que fueron en aumento en la medida que ella se agravaba. El día en que murió su padre le había gritado a su esposa agonizante: ¡Estoy acabado! ¡Ha ro! ¡Ya no sé qué hacer! ¡Si no puedes sanar, muérete de una vez y vete al diablo! Ella fue víctima de muchos años de penuria, de haber dado a luz a tantos hijos y de no tener cómo alimentarlos, fue víctima también de él mismo, de su hijo mayor, el más querido. Él fue su otro perseguidor y no la pudo complacer ni siquiera en su última voluntad. Víctima, en fin, de una vida clase media venida a menos. Somos diez de familia. Soy el mayor y quiero a todos mis hermanos pero, salvo

uno de ellos, Stanislaus, ninguno me importa mayormente. Hace años renegué de la religión. Me deploro a mí mismo por haber nacido irlandés aunque secretamente también me sienta ufano de ello. Vi vo como un vagabundo pero he logrado conservar mi orgullo. Rechazo el orden social y me siento como un paria. Intenté estudiar medicina y leyes. No me interesaron. Soy un artista: músico y escritor. Tengo muchos problemas pero los asumo con absoluta indiferencia.

Llegan a la puerta del hotel un poco antes de la hora acordada. Al despedirse, *Herr Satan* le pide que le obsequie el guante. Ella sonríe maliciosa ante su petición y, mirándolo a los ojos, se desabrocha uno a uno los botones de la muñeca derecha para después, como parte de un ritual, meterse el dedo meñique entre los dientes para jalar la punta del guante y, con toda calma, seguir por el anular y, al llegar al pulgar, extender el brazo para que sea el mismo *Herr Satan* quien dé el jalón final y deje su mano desnuda frente a sus ojos. La besa piadosamente en el dorso y cuando por fin coge el guante se lo unta en la cara y lo huele de manera profunda, inhala y lo besa con tal devoción que ella, en respuesta, sonríe mientras se aleja con el clack, clack, clack de sus tacones y vuelve el rostro con la mirada fija en los ojos azul hielo de *Herr Satan* agitando la mano tibia y más desnuda que nunca por los aires a manera de adiós.

Al llegar a casa sus hermanos ya se encuentran dormidos. *Herr Satan* se desviste parsimoniosamente en la oscuridad para no despertarlos, se pone el pijama y, con toda solemnidad, extrae el guante negro del bolsillo de su *Mackintosh*. Se cerciora de que esté desabrochado y lo coloca cuidadosamente sobre la almohada. Se quita las gafas, se mete a la cama y se acerca el guante a la nariz. ¿Y si me lo pongo y repito lo ocurrido en el Ringsend? ¿No sería tanto como repetir la experiencia? Pero no. Lo ocurrido había sido como un sacramento que nada tenía que ver con la religión sino con la vida y con el arte. Había dado con su *Petite Mefisto* y con ello la vida le había abierto una enorme puerta para transitar por el mundo sin miedos ni ataduras. Relacionarse con alguien como Nora, una provinciana sin mayor educación y por debajo de su clase social, ofenderá a su familia, particularmente a su padre. Tendrá que enfrentar reclamos y regaños. Tal vez hasta lo eche de casa. Pero qué más da. Es la única manera que tiene para liberarse de una vez por todas de las ataduras familiares y las buenas costumbres para dedicarse en cuerpo y alma a escribir. Si ella decide apoyarlo él se encargará de construir su propia leyenda como artista y amante a partir de ese día. Con su *Petite Mefisto* acaso pueda por fin abandonar Irlanda,

como Luzbel cuando fue arrojado a los infiernos por haberse rebelado en contra del Supremo por ejercer la tiranía en la Gloria. A cambio, él convertirá a Nora en un objeto de veneración y le consagrará no sólo su vida sino lo más preciado que posee: su talento literario. Por eso debe saber todo sobre ella, extraerle hasta sus más íntimos secretos por dolorosos y pecaminosos que le parezcan. Esa noche había comprobado qué importante era atesorar los pequeños detalles aparentemente intrascendentes. Lo ocurrido en el Ringsend se había constituido en su más hermosa epifanía. Empieza a dormir evocando con los ojos de su mente los más nimios detalles de la noche. Qué placentero. Sí, un sacramento. Tal vez por eso sintió simultáneamente ternura, deseo, melancolía, seducción, placer, dolor, miedo y amor. Liberado. El guante ya no sería necesario más que como una reliquia. Entre sueños vuelve la expresión de su mirada al despedirse: un agradable escozor le baja hacia el fondo del alma. Sin darse cuenta se adentra plácido en las profundidades de su propio ser con plena conciencia de haber salido en busca de la infelicidad y haber vuelto dueño de su propio reino. U



Mapa de Dublin